

Más allá del archivo: sobre la literatura sin casa ni centro en América Latina

Raúl Rodríguez Freire
Universidad de Chile

Resumen

Este ensayo pretende hacerse cargo de una reconsideración y salida de las prácticas escriturarias que conformaron lo que Roberto González Echevarría denominó el mito y el archivo de la literatura latinoamericana, una formación discursiva preocupada de las “narrativas que siguen buscando la clave de la cultura y la identidad latinoamericana”. Este archivo entró en crisis y está siendo deconstruido por cierta producción literaria contemporánea, la cual intenta dar cuenta de cómo tanto lo local como lo nacional (y continental) se encuentran seriamente agotados. Hoy, cierta literatura se produce “sin casa” y “sin centro”, y se pregunta por los límites más que por los orígenes culturales.

Palabras clave: Archivo - ontoteología - Literatura sin casa – Latinoamérica - Roberto Bolaño.

Lo primero que hay que señalar es que “Latinoamérica” debe llevar comillas. El por qué de ello tiene que ver con el hecho de interrogarse por el espacio al cual se adscribe (y adscribo) aquello que llamamos literatura (palabra que también debiera ir hoy entre comillas). El actual escenario global ha modificado de una manera radical las “tradicionales” categorías que se empleaban para aprehender el mundo, el literario en este caso. Y el hecho de que nuestro subcontinente no sea parte de aquello que para bien o para mal seguimos, a falta de un concepto mejor, llamando “primer mundo”, no implica que no nos veamos afectados por las actuales condiciones (y sensibilidades) que afectan no sólo a las prácticas literarias, sino a la misma crítica encargada de ellas.

El contexto de desnacionalización, producto de una globalización que pone en juego de una manera ya no necesariamente esencialista las estrategias locales de identificación, nos arrojó a un escenario en que la práctica literaria opera con criterios, sino totalmente distintos, al menos alejados de aquellos que se manejaban previo al año 1973 –en tanto fecha emblemática del advenimiento de la globalización (Willy Thayer, 1996)–, pero también de aquellos que le sucedieron inmediatamente. Este contexto se caracteriza también por el fin del *boom* literario, acontecimiento que coincide con la separación de la relación entre literatura y dispositivos estatales, como también de un agotamiento de las categorías con que la crítica contaba para su trabajo. Por ello me gustaría anotar que comparto la tesis de la muerte del *boom* formulada por Idelber Avelar. Cito:

La caída de Salvador Allende emblematiza, alegóricamente la muerte del boom, porque la vocación histórica del boom, es decir, la tensa reconciliación entre modernización e identidad, pasó a ser irrealizable. Después de los

militares ya no hay modernización que no implique integración en el mercado global capitalista (Avelar 2000: 55).

Efectivamente el golpe de Estado de 1973 marcó un antes y un después en todos los ámbitos de la experiencia “nacional” (cultura, política, economía, sociedad), pero también produjo otra fisura, la de la distancia mediante la fracturación social que instala el exilio como práctica de la separación. Doble distancia entonces: de un lado, lo que había antes de 1973, de otro, el alejamiento que implica una partida, el irse por la fuerza: distancias temporal y espacial. Sin embargo, la dictadura chilena aún guarda consecuencias mayores. El filósofo Willy Thayer las devela al señalar que en 1973 se instaura una operación de liberalización que marca las condiciones actuales del proceso de desarticulación entre universidad y Estado-nación, lo que implica que la verdadera transición, por lo menos para el caso de Chile, no es aquella que comenzó el año 1989, sino aquella catapultada por el mismo golpe de Estado de 1973, en cuanto *big-bang* que da paso a un proceso de disyunción entre sociedad, Estado, cultura y universidad, es decir, el *big-bang* de la globalización (Thayer, 1996). Este proceso viene acompañado de un desplazamiento, no sólo de personas, sino también de categorías que hasta esa fecha habían sido centrales para aprehender el mundo en que se vivía. Thayer se refiere al “extravío de las categorías articulantes de la historia moderna, a saber: Estado, pueblo, revolución, progreso, democracia, interés, historia, ideología, hegemonía, confrontación, autonomía, localidad, política, pedagogía, nacionalidad, etc.”. Se podría agregar Literatura y Latinoamérica. Las consecuencias de este acontecimiento repercutirán en todo ámbito de la experiencia, afectando nuestras nociones de tiempo y espacio, lo que implica, para el caso de nuestro interés, una transformación en las maneras de concebir el rol de las prácticas culturales, entre ellas, la literatura.

Lo anteriormente señalado ha repercutido, además, en la misma idea de “historia literaria”, la cual pensaba a su objeto en términos de generaciones, contextos e influencias, y por lo general de una manera lineal, puesto que gran parte de la historia literaria obedecía a criterios histórico-evolutivos. Sumado a esto, se encuentran los cambios del mercado editorial: el declive de las editoriales nacionales y la emergencia de las editoriales transnacionales, tipo Planeta, donde España (y Barcelona particularmente) –y ya no Francia, es decir, París– ha vuelto a cobrar relevancia (Villalobos-Ruminot, 2008). El crítico español Ignacio Echeverría ha descrito este hecho, al señalar que las actuales empresas editoriales españolas, si bien no son homogéneas en sus selecciones, han “catapultado” a un conjunto de escritores latinoamericanos debido no tanto a su “novedad” sino, por el contrario, a que manejan un estilo internacional reconocido –de antemano por el mercado– caracterizado por la “uniformidad referencial, temática y estilística”:

La expansión de la nueva narrativa latinoamericana no parece responder al empuje de unas energías creadoras que han terminado por encontrar su cauce (como ocurrió en los años sesenta), sino que es resultado de una previa disponibilidad de ese cauce, configurado de antemano... los autores emergentes que la industria editorial española trata de descubrir y captar se esfuerzan –deseosos de ser reconocidos por ella– por conformar sus usos y sus maneras a los gustos y a los intereses de esa industria, cuando no ocurre que los comparten naturalmente, debido a los efectos cada vez más abarcadores de la llamada “globalización” cultural (Echeverría 2007: 186-87).

Para Echeverría, uno de los efectos negativos de este estilo es, primero, el empleo de la categoría “nueva narrativa latinoamericana”, ya que ella comporta una supuesta “comunidad” (lingüística y geográfica) hoy dudosa y, como tal, el uso de una lengua compartida. De esta manera, el segundo efecto negativo es el descarte de aquellas escrituras que se distancien de esa “interlengua”. Ello podría explicar el gran desconocimiento de las escrituras centroamericanas, cuyo uso del habla cotidiana es una de sus marcas más importantes. De esta manera, gran parte de las prácticas escriturarias de mayor circulación internacional responden a una idea (metropolitana) de América Latina, idea de la cual, como veremos, algunos escritores se intentan distanciar.

Esto nos lleva a reflexionar sobre la validez, para los tiempos que corren, de la etiqueta llamada “literatura latinoamericana”, para luego preguntarnos dónde se la encuentra, y bajo qué criterios. Por otra parte, si las mutaciones acaecidas bajo el paraguas de la globalización han modificado radicalmente las condiciones bajo las cuales emergía la literatura, también es válido pensar que se han modificado las condiciones de la literatura en sí, lo que se evidencia en el agotamiento del clásico modelo narrativo: el modelo alegórico. En otras palabras, se trata del agotamiento del archivo descrito por González Echeverría. No obstante, la idea de archivo aquí referida va más allá que la del crítico cubano, pues si para él el archivo inicia en el carácter fundador que tiene *Los pasos perdidos*, para mí el archivo, siguiendo de cerca a Foucault, “es en primer lugar la ley de lo que puede ser dicho [sobre América Latina], el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares” (Foucault 1991: 219), enunciados que se arrastran o concatenan fuertemente desde Andrés Bello y “La agricultura de la zona tórrida” en adelante. A este archivo corresponde la pregunta constante por la identidad latinoamericana, pregunta que terminará agotándose una vez que se reconozca cabalmente el fracaso del modelo modernizante/desarrollista (Larsen 2006).

Contra este archivo es que podemos leer la obra de un conjunto de escritores que conforman algo así como un “regionalismo crítico” (ya que después de todo continúan pensando Latinoamérica, sólo que de otra manera), que parte de la irrelevancia a la apelación ontoteológica de la cuestión de la identidad realizada tradicionalmente por la literatura (Moreiras, 1999) y de la formación discursiva preocupada por el origen cultural, pero no de su develamiento. Lo anterior nos permite resumir que tanto la literatura como la crítica que de ella se hace cargo deben ser pensadas de acuerdo a las condiciones que rigen la actualidad o, en términos de Jacques Derrida al señalar el impacto de los medios de comunicación en el presente, de la artefactualidad, es decir, la monopolización mediática del “efecto de actualidad” (Derrida 1994).

Sin embargo, el agotamiento que hemos mencionado arriba no ocurrió de manera repentina ni la hegemonía del archivo histórico se ha desarrollado sin alternativas, ya que en los últimos veinte años han aparecido un conjunto de prácticas escriturarias que explícitamente se presentan como no-nacionales (anti-localista) y anti-mitológicas, producto del encarar la instauración de una operación de liberalización acaecida en 1973. De ahí que para Neil Larsen (2006) sea casi de sentido común el que al agotamiento del modelo desarrollista le haya sucedido otro, uno “post”, “que pone en lugar del ‘hombre nuevo’ de la nación ‘liberada’ –es decir, modernizada– al ‘Otro’, sea este sexual, racial, migrante, etc. Acá es donde podemos encontrar, para decirlo con Jean Franco (2003), la “seducción de lo marginal”, a Pedro Lemebel y Diamela Eltit en Chile, Fernando Vallejo y Jorge Franco en Colombia, Carlos Monsiváis en México... por nombrar sólo algunos.

No obstante, la escritura extraterritorial va más allá del modelo postmoderno, en el sentido que se hace cargo de la problemática del espacio en América Latina, del espacio en tanto lugar habitable, pues la escritura de los arriba nombrados continúa siendo, como veremos luego, una escritura “con y en o desde la casa”, mientras autores como Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958), Horacio Castellanos Moya (El Salvador, 1957), Juan Villoro

(México, 1956), Rodrigo Fresán (Argentina, 1963) y Roberto Bolaño (Chile, 1953-2003), entre otros, radicalizan su mirada de la literatura que aún permanece anclada en el habitar (en el sentido heideggeriano). A ellos se les podrían unir Ricardo Piglia y Fogwill en Argentina, Iván Thays en Perú, Edmundo Paz Soldán en Bolivia, Sergio Pitol y Daniel Sada en México, Eduardo Halfon en Guatemala, y muchos más.

Y es ello lo que me lleva a hablar de “regionalismo crítico”. Se trata de un concepto en parte tomado prestado, y en parte reformulado. Lo emplea Moreiras en *El tercer espacio* para referirse al intersticio que surge de la relación, por ejemplo, entre Borges y Derrida, es decir, entre literatura “latinoamericana” y filosofía continental. Él lo toma, al igual que yo, del crítico en arquitectura Kenneth Frampton, para quien el concepto en cuestión alude a la reconciliación –no sentimental o nostálgica– del impacto de la civilización universal con elementos derivados *indirectamente* de las peculiaridades de un lugar concreto”, y siempre de una manera deconstructiva, tanto de lo “universal” como de lo “local”. Moreiras apenas lo define, si bien lo hará más tarde, en *The Exhaustion of Difference* (2001), cuando se refiera a la idea de una totalidad global.¹ No obstante, mi interés en esta idea va más allá del mismo Frampton, pues su referencia a un lugar para la crítica regionalista está desarrollada a partir del Heidegger de “Construir, Habitar, Pensar”, y el problema acá es que el autor de *Ser y tiempo* nos introduce, como ha demostrado Peter Sloterdijk “en el campo de fuerza de las maneras sedentarias del ser” (2000:16), es decir, en la domesticación. La literatura extraterritorial, al contrario, encuentra en la casa, en el lugar y su reflexión la perdición, y de ella es que se aparta. El regionalismo crítico, como lo entiendo, me permite señalar la relación de afinidad que reúne a un conjunto de escritores nacidos en América Latina durante la década del cincuenta, y cuyas escrituras dirigen una crítica a lo que Derrida llamó en *Políticas de la amistad* la “*esquemática* de la filiación” (1998: 13), es decir, al vínculo entre nacimiento y comunidad (ciudadanía, nación, continente, etc.). A la ruptura de esa ficción que por tantos medios se intenta re-naturalizar, Derrida le llamó deconstrucción de la genealogía, y es de ella que se encarga *este* regionalismo crítico, para el cual la extraterritorialidad y no la localidad le es necesaria.

Hacia el final de *Mito y archivo*, libro en que González Echevarría presenta sus tesis, aparece la inquietud sobre la existencia de narrativas más allá del archivo, y en el “Prólogo a la edición mexicana”, fechado en 1998, se señala que, a ocho años de publicado su libro, no ve novedad en las letras del subcontinente: “no ha surgido todavía”, arguye González Echevarría, “una obra que cautive la atención como lo hicieron las ficciones del archivo”. Ese mismo año, 1998, Roberto Bolaño publicó *Los detectives salvajes*. De acuerdo al crítico español Ignacio Echeverría, la escritura de Bolaño se caracteriza por narrar de una manera que desconsidera la ficción identitaria, y opera más bien con categorías postlocalistas. Echeverría toma el concepto de George Steiner, quien en 1968 lo aplicara principalmente a Borges, Beckett y Nabokov, con tal de dar cuenta –principalmente a partir de la idea de exilio– de la “historia de los cambios en la percepción del lenguaje”. Para Steiner, la conciencia local o nacional con la cual se relacionaba fuertemente la literatura se encuentra en dificultades, lo que permitiría la emergencia de una literatura “sin centro”. De ahí que para él “Faulkner y Dylan Thomas posiblemente serán considerados los últimos escritores ‘con casa’”. Pero Echeverría va un poco más allá, y señala que bajo nuestras actuales condiciones de globalización, “la noción de extraterritorialidad subvierte la ya anticuada y más complaciente de cosmopolitismo para sugerir aquellos aspectos de la literatura moderna en que ésta se perfila... como ‘una

¹ Al respecto, Moreiras señala lo siguiente: “If critical regionalism refers to the very possibility of simultaneously thinking through the contradictory totality of global integration and fragmentation, then negative globality is to be understood as the structural ground of critical regionalism; within that ground, narrative fissure is the figure of its negativity” (2001: 75).

estrategia de exilio permanente”. Ahora bien, en este punto es necesario remarcar que, de ninguna manera, se pretende la sustracción de las especificidades que puedan afectar a cualquier narrativa, sino de interrogarse por sus límites. De la exaltación de localismo se pasa a su deconstrucción.

Quizá sea necesario esclarecer un poco más lo que al llegar aquí llamamos literatura extraterritorial o sin casa. Con este concepto no se pretende señalar que los autores mencionados no escriban sobre sus localidades o del subcontinente. El exilio gatillado por las dictaduras conosureñas o las guerras civiles centroamericanas obligaron a que muchos escritores produjeran desde los países en los que fueron recibidos, lo que en parte, también podría hacer su producción extraterritorial. Pero no se trata de desde dónde se escribe, sino cómo y para qué se escribe. Quizá una reflexión de Ignacio Echeverría venga a puntualizar más esta idea: “no se trata en ningún caso de sustraerse a las especificidades de la lengua, de la sociedad y de la cultura de las que emerge la narrativa en cuestión, sino de hacerlas fecundar en un ámbito en el que esas especificidades se interpelan, se matizan y se contrastan; un ámbito común que funciona como caja de resonancia y amplificador de los conflictos planteados”. Esto se ve claramente en *El testigo*, de Villoro, o en “La parte de los crímenes” de Bolaño, por nombrar sólo dos ejemplos.

Esta escritura puede ser vista a partir de Spinoza, y su idea de cuerpo, un cuerpo que es atravesado y constituido por una multiplicidad de líneas, subalternas y hegemónicas, rizomáticas, pero también arborescentes; un cuerpo que afecta y es afectado, a su vez, por otros cuerpos (no sólo) discursivos. Para el filósofo holandés, un cuerpo se debe definir por su potencia y no por su pertenencia a algún género identitario, ya que éste no sería más que una noción abstracta y confusa.² En la propuesta de Spinoza, un cuerpo se constituye por el conjunto de relaciones que lo componen, las que determinan qué puede, pero también qué no puede hacer. En otras palabras, ¿cuál es su potencia? O, de otra manera, ¿qué puede un cuerpo?, es la pregunta fundamental, y no ¿qué o quién es un cuerpo? En este sentido, para ejemplificar Spinoza señala que si bien el caballo de carreras y el caballo de trabajo pertenecen a la “misma especie”, sus potencias, sin embargo, son diferentes, ya que el primero estaría más cerca de un galgo y el segundo de un buey. De esta manera, será la pregunta por la potencia, en tanto poder de afectación, lo que interesa leer en este tipo de escrituras.³

Esto me permite señalar que lo que reúne a las prácticas escriturales sin casa, es aquello que el crítico Edward Said llamó “afiliación”, ya que pensar la afinidad que ello supone nos lleva, por un lado, a eliminar las divisiones político-territoriales, y pensar en los agenciamientos, en los acoplamientos que nos pueden permitir otros juegos, más allá de las fronteras nacionales e incluso continentales. Edward Said ha señalado a propósito de la filiación lo que aquí entiendo por afinidad: “red implícita de asociaciones peculiarmente culturales entre, por una parte, formas, afirmaciones y otras elaboraciones estéticas y, por otra, instituciones, agencias, clases sociales y fuerzas sociales amorfas”. Un poco más adelante, y un tanto de manera esquemática, Said señala tres características del concepto en cuestión, y las citaré en extenso:

“[1] es lo que hace posible que un texto se mantenga como texto, y esto está respaldado por una serie de circunstancias: la posición social del autor, el

² Al respecto ver Spinoza (2000), especialmente el libro tercero. El texto original se encuentra en línea en: <http://www.filosofico.net/spinozaetica.htm>. Para una introducción a su pensamiento, me ha sido muy útil el trabajo de Gilles Deleuze, *Derrames*, 2006, principalmente pp. 281-292.

³ Al respecto, ver Deleuze 2006: 119-127.

momento histórico, las condiciones de publicación, difusión y recepción, los valores con que se alinea, los valores e ideas que presupone, el marco de suposiciones tácitas sostenidas por consenso, el telón de fondo presupuesto y un largo etcétera.

“[2] estudiar la filiación es estudiar y recrear los lazos entre los textos y el mundo, lazos que la especialización y las instituciones literarias han borrado por completo... Recrear la red afiliativa es por tanto hacer visibles, devolver la materialidad a, los cabos que atan el texto a la sociedad, al autor y a la cultura.

“[3] libera a un texto de su aislamiento e impone sobre el erudito o el crítico el problema... de recrear o reconstruir históricamente las posibilidades de las que surgió el texto. Aquí se encuentra el lugar para el análisis intencional y para la labor de situar el texto en relación nomológica, dialógica o antitética con otros textos, clases sociales e instituciones” (Said 2004: 238-39).

Es esta forma de operar la que me lleva a leer la obra de los autores mencionados anteriormente, cuyas escrituras intentan dar cuenta de las condiciones y opciones de las prácticas escriturarias contemporáneas en y sobre América Latina. Se trata de escritores de distintos países y cuyas escrituras, se podría decir, poco tienen en común, lo cual es ya una de las características de las letras de la actualidad: la ausencia de un eje articulador de sus narrativas. Con ello quiero señalar que estos escritores no conjugan una misma temática, ni un mismo estilo. Tanto sus opciones como las estructuras de sus obras son diferentes. Pero se pueden reunir en algún punto de sus obras, entre partes del todo, mediante la noción de afiliación/afinidad.

La cercanía de sus años de nacimiento permite que se aproximen o emerjan dentro de un contexto histórico latinoamericano más o menos similar, donde algunos de los acontecimientos que se vislumbran en sus obras son la Revolución Cubana (1959), el sesenta y ocho mexicano, el golpe de Estado en Chile (1973), el advenimiento de un capitalismo de corte neoliberal, los tratados de libre comercio con Estados Unidos, la emergencia del narcotráfico, la derrota de los sandinistas (1990 –que a nivel histórico coincide con la caída de los socialismos reales en 1989), entre otros. En cuando a “las condiciones de publicación, difusión y recepción”, si bien la mayoría de ellos comienza publicando en sus países de origen, a excepción de Bolaño que se encontraba en Barcelona desde hacía muchísimos años, a medida que van ganando reconocimiento, las grandes editoriales de Barcelona y Madrid comenzarán a publicarlos y a distribuirlos tanto en España como en América Latina. Como entre ellos se conocen sus inter-citas, por llamarle de alguna manera, contribuye a que sus lecturas aumenten, pues algunas veces se reseñan entre ellos. No obstante, no conforman un grupo o algo similar.

Respecto de los valores, quizá podríamos señalar en primera instancia que cierta sensibilidad de “izquierda”, pero también de una crítica no reaccionaria a lo que ella significó durante los sesenta y setenta, se percibe tanto en sus novelas como en sus ensayos, lo cual los distancia del grupo de escritores reunidos en torno a la idea del grupo Crack mexicano (Jorge Volpi, Pedro Angel Palou, Ignacio Padilla, Eloy Urroz, Ricardo Chávez, Vicente Herrasti y Alejandro Estivill). Sobre todo de Volpi, quien en su novela *El fin de la locura*, se ubicara del lado de la crítica ex post, aquella crítica que cómodamente desde el presente evalúa el pasado de las culturas de izquierda en América Latina, entrando a conformar parte de lo que John Beverley (2007) ha dado en llamar “el giro neoconservador” de la crítica latinoamericana.

Un anti-exotismo sería el marco que conjuga sus escrituras, y el telón de fondo es en contexto en el cual se insertan sus novelas, un telón de fondo develado explícitamente: neoliberalismo, omnipresencia de los medios, especialmente de la televisión, una

violencia traumática vinculada, aunque no exclusivamente, al narcotráfico, etc. De ahí que sea este mismo telón, o su tematización más bien, lo que los reenvía a la mundaneidad señalada por Said, lo que visibiliza su vinculación a la materialidad de la cual provienen. Y aquí quizá sea el juego con la estructura narrativa lo que ata a sus escrituras al mundo sobre el cual –y en el que– escriben, vinculándolos a su sociedad y a su cultura, una sociedad y una cultura fluida, muchas veces migrantes, como ellos mismos, en constante movimiento. De ahí que termine estas líneas acentuando que la noción de extraterritorialidad es el eje articulador. La pregunta que surge entonces es si la crítica “latinoamericana” estará a la altura de esta literatura, si tendrá el valor de dejar la complacencia y las garantías de vivir en casa, en “su” casa.

Por último, el tercer punto nos permite un análisis intencional, y de ahí la referencia anterior al crack mexicano, pero también a la crítica afincada en la identidad. El recorte de la producción literaria que se inscribe dentro de la idea de América Latina que he realizado tiene también como objetivo diferenciarlo de otras escrituras, como también de la crítica que podríamos llamar terrícola, aquella crítica defensora y soñadora de la identidad que produce un territorio llamado “América Latina”, pues si entonces tenemos una literatura en movimiento, sin casa, sin centro... también necesitamos una crítica en movimiento, y mutante, y sin centro... una crítica extraterritorial. Tres años antes de fallecer, Bolaño escribió de Rey Rosa lo siguiente:

Leerlo es aprender a escribir y también es una invitación al puro placer de dejarse arrastrar por historias siniestras o fantásticas. Hasta hace poco vivía en Guatemala y no tenía residencia fija: un día se alojaba con su madre, otro día con su hermana, el resto del tiempo en casa de amigos. Una noche hablamos por teléfono durante casi dos horas: acababa de llegar de Mali. Ahora está en la India, escribiendo un libro que no sabe si terminará o no. Me gusta imaginarlo así: sin domicilio fijo, sin miedo (Bolaño 2000: 10).

Pareciera ser que la extraterritorialidad también se vive, de manera que insisto en una pregunta que inquieta, a saber, si la crítica “latinoamericana” o “latinoamericanista” podrá encarar el desafío de vivir a la intemperie.

En estas líneas, Latinoamérica es una táctica, un devenir... Latinoamérica no obedece necesariamente a un territorio. Si lo fuera, seríamos cómplices, como dijo Aimé Césaire, de las cancellerías, y eso ya demuestra la ficción genealógica develada por Derrida. Por ello, aquí me hago eco del poeta de la *négritude*, quien señala: “el mapa del mundo hecho para mi uso, no pintado con los arbitrarios colores de los sabios”. Latinoamérica está incluso en África, Asia, Oceanía, y sobre todo en Estados Unidos. Desde Nueva York ha sido escrita gran parte de la obra de Rey Rosa, desde México la del hondureño Castellanos Moya. Desde Barcelona la de Villoro y Bolaño.

No quiero terminar sin antes citar al Borges que escribió “Nuestras imposibilidades”, de quien la escritura extraterritorial es deudora: “Hace muchas generaciones que soy argentino –dijo Borges–; formulo sin alegría estas quejas” (Borges 1931: 134). Lo mismo digo: hace treinta años que soy latinoamericano, y también formulo estas quejas sin alegría.

Bibliografía

Avelar, Idelber (2000). *Alegorías de la derrota*, Santiago, Lom.

- Beverley, John (2007). "El giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana", manuscrito.
- Bello Andrés, (1985). "La agricultura de la zona tórrida". Bello, *Obra literaria*, Caracas, Ayacucho, 1985, 40-49.
- Bolaño, Roberto (2000). "El estilete de Rodrigo Rey Rosa". *Las Últimas Noticias*, 17 de septiembre, C: 10.
- Borges, Jorge Luis (1931). "Nuestras imposibilidades". *Sur* 4: 131-134.
- Deleuze Gilles (2006a). *Derrames*, Buenos Aires, Cactus.
- (2006b). *Spinoza: Filosofía práctica*, Buenos Aires, Tusquets.
- Derrida, Jacques (1994). "Deconstruir la actualidad". *El ojo mocho* 5: 99-114.
- (1998). *Políticas de la amistad*, Madrid, Trotta.
- Echeverría Ignacio (2007). *Desvíos*, Santiago, UDP.
- Foucault, Michel (1991). *La arqueología del saber*, México DF, Siglo XXI.
- Franco, Jean (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, Barcelona, Debate.
- González Echevarría, Roberto (2000). *Mito y archivo. Una teoría de la literatura latinoamericana*, México DF, Fondo de Cultura Económica.
- Larsen, Neil (2006). "¿Fin de la historia, o una historia de fines? Hacia un 'segundo historicismo' en la crítica latinoamerican[ist]a". Moraña, Mabel y Campos, Javier (eds). *Ideologías y literatura. Homenaje a Hernán Vidal*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Moreiras, Alberto (2001). *The Exhaustion of Difference: The politics of Latin American Cultural Studies*, Durham & London, Duke University Press.
- Said, Edward (2004). *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate.
- Sloterdijk, Peter (2000). "Reglas para un parque humano". *Confines* 8: 9-22.
- Steiner, George (2007). *Extraterritorial*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Thayer, Willy (1996). *La crisis no moderna de la universidad moderna*, Santiago, Cuarto Propio.